

hay papeles; pero son cartas de sus amigas y de su familia. Julia es inocente.

— ¿No me engañas?

— ¿No estoy yo acaso tan interesada como tú en decirte la verdad? respondió la generosa niña con una sonrisa llena de dolor.

— ¡Es cierto! respondió Diego; gracias al cielo, me he engañado y siento aliviada mi alma de un peso enorme! Vamos, hermana mía: cierra, y volvamos á tu casa ántes de que nos echen de ménos.

Adelina recogió el manuscrito y el medallon con el mayor silencio posible, y salió con su hermano, llegando ambos en breve á la quinta.

¿Qué pasaba en el corazón de Adelina?

¡Sólo Dios pudiera decir el dolor que se encerraba en él!

## VIII.

## EL MANUSCRITO.

Tres días después de los sucesos precedentes, Julia acabó su magnífico cuadro, y lo mandó, cuidadosamente encajonado, á Madrid, á la Condesa de G....., noble y generosa dama.

Al pié llevaba la firma de *Diego Blanfort*.

Por la tarde fué á verla Clemencia, y la encontró sola en la azotea, contemplando el sol que moría.

¡Dios mío! ¿qué tienes? exclamó al verla; ¡si estás desconocida! ¡qué pálida! ¡qué flaca! ¿qué te sucede?

—No tengo nada en el cuerpo, respondió Julia, que parecía en efecto haberse vuelto la sombra de sí misma en los días que habían pasado desde la entrevista con Rafael; ninguna dolencia física me aqueja; pero mi alma desea volar al cielo.

— ¡Dios mío! pero ¿qué novedad ocurre? exclamó Clemencia alarmada.

— He vuelto á ver á Rafael.

— ¿Está aquí?

— Sí; ha venido con Adelina y viven en la quinta inmediata.



—¡Desgraciada amiga mía! ¿y es su sola vista la que ha hecho en tí tan rudo estrago? ¿luego le amas?

—¡Sí! es en vano que te lo niegue, ó mejor dicho, que me lo niegue á mí propia, contestó Julia; ¡desde que existo he ido en busca de un amor soñado ó adivinado desde muy léjos, pero que ha huido de mí, tan fugitivo como la imágen de mi gloria!

—Pero ¿no estabas tranquila? ¿no vivias contenta y feliz al lado de tu marido? ¿no le habias perdonado ya? Yo te veía en reposo, consolada, curada ya de la terrible languidez que te ha aquejado y que parecia minar tu vida..... Julia, ¿qué horroroso cambio es éste, que tanto me espanta? ¿qué tienes?

—No lo sé, respondió la artista con voz que parecia debilitada por el combate interior que hacia tres dias le robaba el sueño y el reposo; no sé lo que tengo; creo que es fatiga de luchar con esta vida miserable; ya sabes cuán desgraciada he sido siempre, y que no he disfrutado más que muy poco tiempo de la felicidad doméstica, que es la sola verdadera; pues bien, gracias al cielo, creo que pronto saldré de esta tierra de dolor.

—¿Pero y la gloria? ¿y tu gloria?

—Toda se la he cedido á mi marido, y esto te probará, aunque me creas generosa, en cuán poco la estimo ya; eso es lo que más difícilmente se cede, y sin embargo, yo he renunciado á la mía sin el más leve pesar: mis dos últimos cuadros llevan la firma de Diego, copiada por mí.

—¿Tambien Santa Teresa?

—Tambien.

—¡Oh, pero lo que has hecho, más que generosidad, es una locura, exclamó Clemencia con calor; ¿quién te ha autorizado para ceder eso? ¿merece acaso ese hombre tan inmenso sacrificio?

—No: ya lo sé; pero vale más que esa gloria le aproveche á él, que ha de vivir, que á mí, que me muero.

—¡Ah, si ese hombre te hubiera amado como merecias, tú hubieras sido dichosa!

—¡Es verdad! repuso Julia con tristeza: las mujeres en la primera edad amamos á aquel que nos ama: si despues soñamos, y esos sueños se llegan á convertir en realidades más ó ménos criminales, la culpa es de ellos: yo me hubiera consolado fácilmente de la burla de la suerte, que me arrebató al que debia ser mi esposo, si el que lo era hubiera sido bueno y justo para mí; pero desgarró mi corazón, y esas heridas, calmadas por el bálsamo del trabajo, han vuelto á abrirse y á enconarse, para no curarse jamas.

Clemencia no respondió nada: tenía entre las suyas una mano de su amiga y lloraba desconsoladamente.

—¡La gloria! murmuró Julia, siguiendo en el cielo, que ya vestían los tibios resplandores del crepúsculo, las columnas de azulado humo que se elevaban de las blancas chimeneas del pueblo; ¡la gloria! ¡su senda está erizada de espinas, y ese humo es su imágen más fiel! ¡mírale cómo se disuelve en el aire, y cómo ni un átomo de él queda en la limpidez de la atmósfera! Hasta hace algunos dias, aún creía que la pudiera alcanzar; pero ahora ya no tengo esperanza más que en aquella que Dios promete al que toma su cruz y le sigue. Sin



embargo, prosiguió, áun tendré fuerzas para acompañar á mi marido á Inglaterra y estar á su lado hasta que recobre la vista.

—¡Será posible! ¿vas, pues, aún á imponerte otro nuevo sacrificio?

—Ese es mi deber; además, ¡así huyo de *él*!

En aquel instante entró en la azotea Adelina: venía también pálida y abatida, y sus ojos, hundidos por el insomnio, estaban asimismo enrojecidos por el llanto.

Detúvose á la puerta, como dudando si entraría en la azotea: su corazón herido sangraba aún; pero Julia la vió y le hizo una señal con la mano.

—Vén, le dijo, vén, querida niña: deseaba verte para darte un encargo.

Adelina se acercó: Julia prosiguió así:

—Esta noche marchó con tu hermano á Londres, y no volveré.

—¡Julia! exclamaron á la vez Clemencia y Adelina.

—¡No volveré! repitió la artista; bajo aquellas nieblas hallaré mi tumba..... ¡pero no me lloreis, porque voy á ser dichosa por fin!

Adelina se arrojó, bañada en llanto, en los brazos de la generosa jóven: Julia la sentó sobre sus rodillas, sacó una llave del bolsillo de su traje, y dijo:

—Abre con ella el cajón de mi secreter, y saca de él lo que contiene: es un manuscrito y un medallón con dos retratos: los papeles léelos y quémalos al instante; el medallón guárdalo.

—Aquí están ambas cosas, dijo Adelina echando sobre el regazo de Julia los papeles y los retratos: Diego

sospechaba de tí, y me suplicó que registrase el contenido de tu secreter y que le diese cuenta de lo que hallase.

—¿Y lo has hecho?

—¡Yo! exclamó Adelina; ¿podía olvidar que tú pediste un día en París dinero prestado sobre tu trabajo porque yo tenía hambre y nadie se acordaba de darme de comer? ¿podía olvidar que siempre me has amado, que siempre has sido buena para mí? ¡Nada sabe Diego, pues le dije que los papeles que tenías eran cartas de tu familia!

—¡Gracias, hija mía! ¡eres un ángel! exclamó Julia abrazando con ternura á Adelina.

—No, respondió ésta; soy sólo una mujer que sabe lo que otra mujer ha sufrido, y la compadece! Desde que he leído ese manuscrito, dirigido á un muerto, y en el cual has depositado toda tu alma, he dejado de ser niña: mi juicio ha alcanzado madurez, y sé compadecer y perdonar. Rafael y yo pediremos á Dios cada día, en una plegaria común, que te haga dichosa: guardaré para siempre esos papeles y esos retratos, y cuando sea desgraciada, me acordaré de tus penas, de tu valor y de tu resignación.

—Y acuérdate también, hija mía, añadió Clemencia, que fué mártir de su deber, y que prefirió la muerte siendo honrada, á ser dichosa con el hombre á quien amaba, por no faltar á las leyes del honor y de la virtud.

Adelina se arrojó en los brazos de Julia, y ambas permanecieron abrazadas durante largo rato.



IX.

ÚLTIMOS REFLEJOS DE LA LÁMPARA.

Julia recibió muy pronto el importe de su cuadro en un paquete de billetes de banco, con sobre á Mr. Blanford : la Condesa habia reconocido el gran mérito de la pintura y habia aumentado la suma : al dia siguiente la jóven salió con su marido para Lóndres.

Nada quiso decir á Diego de su último sacrificio, dejando á Clemencia y á Adelina el cuidado de enterarle de él más adelante.

Rehusó despedirse de Rafael : diríase que estaba condenada por la suerte á una eterna y silenciosa abnegacion.

Dos meses despues, el doctor inglés levantaba el vendaje de los ojos del ciego, en la habitacion de la fonda que ocupaban en Lóndres.

Debo decir, en honor de Diego, que su primera mirada fué para buscar á su esposa.

Divisóla sentada en un sillón, y corrió hácia ella, arrojándose á sus piés.

—¡Oh mi ángel tutelar! exclamó; ¡todo te lo debo á tí!

—¡Silencio! le dijo el doctor; evítele V. toda conmocion, caballero, pues podia serle peligrosa.

—¿Qué sucede, pues, Dios mio? exclamó Diego; ¿qué tiene Julia? ¿por qué está tan pálida?

—Está enferma hace dos meses; desde la llegada de ustedes aquí: mejor dicho, lo estaba ya cuando vino.

—¡Pero si esta mañana me habló....

—Es verdad.

—Y ese letargo ¿qué significa? está pálida, helada; ¡ah, Dios mio!

Al oír aquel grito, abrió Julia sus bellos ojos azules y los fijó en su esposo.

Nada habia ya en ella de material y de terrestre: el alma se veia en su mirada y en su sonrisa, y una alegría celeste bañó su semblante al ver á Diego delante de ella.

—Amigo mio, dijo con dulzura, voy á dejarte, pero me voy consolada porque sé que ya no me necesitas.

—¿A dónde te vas, Julia? preguntó su marido, que lloraba sin poderse explicar el por qué.

—¡Al cielo! respondió la artista señalando el firmamento con ademán solemne; hace más de un mes que mi vida se sostiene artificialmente, ó más bien, por lo mucho que he pedido á Dios que me la concediese hasta verte curado: ahora me llama á su seno, y voy á él!

—¡Con que, me dejas!

—¡Sí, para esperarte allí arriba!

—Pero, ¡Dios mio! ¿qué es esto? ¿cuál es su enfermedad? ¿de qué se muere? ¡respóndame V., doctor! gritó Diego, que habia vuelto á ser para Julia, desde su



curacion, lo que era cuando se casó con ella; ¿qué enfermedad es la suya?

—Es una enfermedad de languidez, caballero.

—Pero ¿qué ha podido producirla?

—El haber sufrido mucho moralmente.

—¡Oh, morir así, sin quejarse, sin decirme que sufría! exclamó Diego llorando. ¡Oh, Julia, con demasiada crueldad me castigas por lo que te he hecho padecer!

—Va á su patria, dijo el doctor; ángeles así no son de este mundo.

—¡Oh, si supiera V., doctor!..... ¡muere llena de gloria, y ahora empezaba á andar su camino!

—¡Valor, querido Diego! murmuró Julia con voz debilitada; dejo esta efímera gloria..... por la eterna; ¿qué más puedo desear?.....

Nadie contestó á estas palabras: el doctor salió y mandó buscar á un sacerdote católico.

Diego sollozaba: tenía entre sus manos las de Julia, que besaba de cuando en cuando: hubiera querido, á costa de su vida, devolverle la salud.

Pero la joven se desfiguraba por instantes: la luz de sus ojos se eclipsaba, y moría su sonrisa como los últimos rayos del sol en una serena tarde.

El sacerdote tardó poco en llegar.

Su mision allí era de escasa fatiga. Julia se habia confesado dos días ántes, y moría además como una santa.

Limitóse á orar con ella, pues estaba tan resignada y casi tan alegre, que no habia consuelos que prestarle, puesto que ninguno necesitaba.

Hubo un instante en que todas las nieblas de la muerte desaparecieron, y en que adquirió su semblante una expresion sublime.

Elevó los ojos al cielo y murmuró:

—¡Dios mio, voy hácia tí; acógeme en tu seno!

Estas palabras fueron pronunciadas con voz clara y firme.

Un instante despues Julia habia espirado, y su alma recibia en el cielo la triple corona del martirio más doloroso, la de la más inmaculada virtud y la del genio más sublime.

Fué una luz que brilló durante breves instantes, y se apagó otra vez para volver á brillar en el cielo.



## X.

LUCILA Á NATALIA.

«Apénas crearás lo que me está pasando, y tampoco sé si mi carta merecerá tu atención, querida y opulenta amiga; pero, sea como quiera, yo te amo y es forzoso que siga mi anterior y grata costumbre de contártelo todo.

»Clemencia, aquella Clemencia á la que tanto temia, es hoy la amiga más verdadera, incluso tú, que la Providencia pudiera haberme dado: su prudente reserva ha muerto todas las ilusiones culpables de mi marido; pero ¡ay! que otra mujer, no tan buena como ella, le ha preso en sus redes, y no sé cuándo podrá desenredarse, gracias á su carácter romántico y exaltado, que todo lo ve bajo un prisma exagerado.

»¿Y sabes quién es esa mujer?

»Tu amiga la Marquesa de T....., ó mejor dicho, la que no pudiendo ya engañar á nadie en ésa con su fingido título, ha venido aquí á embaucar á algunos tontos, en cuyo número se encuentra mi marido.

»Cárlos va todos los días á verla, y la acompaña de noche cuando va á sus compras y á los paseos solitarios;

pero no va con ella al teatro ni á los sitios públicos; ése es el castigo de las mujeres de su clase.

»Tampoco paga lo que ella compra; paga en versos, que ella hace pasar por suyos, el amor que le vende esa aventurera sin pudor.

»Otra vez vuelvo á exaltarme: muchos días he pasado llorando, muchas noches sin sueño; pero las reflexiones de Clemencia han conseguido calmar mi agitado espíritu y hacerme entrever para lo sucesivo el alivio de mis penas.

»¡Y luégo, mis pobres hijos!..... ¡Ay, Natalia! En mi clase, es decir, en la clase media, todo el peso, todos los cuidados, todas las amarguras de la vida recaen sobre la que es esposa y madre, sobre la que está al frente de una casa! ¡Es indudable que cuando hay dinero las penas son mucho menores!

»Tú en mi lugar bien sé lo que harías: tomarías un amante para vengarte de tu marido: yo quizás lo hubiera hecho ya también, á no ser por los consejos y las reflexiones de Clemencia; pero escucha lo que me dice cuando yo me quejo y lloro:

»—Amiga mía, vale más que su esposo de usted se haya encaprichado de ella que de mí: yo soy una mujer que creo valer algo, y pudiera haberse convertido en pasión su admiración por mis obras, en tanto que lo que siente por ella jamás pasará de ser un capricho, que morirá el día que ménos se espere; déjele V., pues, y haga como que nada ve; semejantes conquistas no merecen que V. se queje y lllore.

»Conocí que tenía razón: en efecto, nada adelantaba



yo con llorar, con quejarme, con reconvenirle, con llenarle de improperios : nada conseguía con matarme y con que mis hijos me perdieran, y tuve por lo más acertado callar y esperar, que es, según dice Clemencia, el partido mejor y más prudente.

»La insigne *Marquesa*, que se dice viuda y creo que jamás tuvo marido, ha hecho la conquista de Carlos por dos razones : porque sabiendo que es regular poeta, quiso que sostuviese con sus versos su reputación de literata, y porque, conociéndole apasionado de Clemencia, á la que tiene una envidia mortal, quiso arrebatárle lo que ella juzgaba su conquista.

»Pero Clemencia es un ángel, que vive entre dos ancianos, y que ama á un hombre que ya está en el cielo.

»Adios, Natalia : sé dichosa y no olvides á tu amiga, que te ama siempre y te abraza,

LUCILA. »

Natalia recibió esta carta y se rió á carcajadas.

Se había convertido en un tirano desapiadado de su viejo esposo, el que pasaba su vida solo y encerrado en su cuarto, y sin más servicios que los que le prestaba un anciano criado suyo.

Natalia no tenía sólo amigos; tenía también amantes, que la acompañaban á todas partes, y comían á su mesa y le ayudaban á gastar las riquezas de su marido, que no eran por cierto tan considerables como ella había pensado.

La pobre mujer sólo había conseguido su título de *señora*, porque la alta sociedad, por mucho que se la acuse de tolerante, no tolera en su seno escándalos de cierta clase.

No consiguió penetrar en los salones de la aristocracia, ni que ésta frecuentase los suyos ; así es que estaba reducida á la sociedad de hombres solos y á la de algunas mujeres de vida dudosa.

¿La seguiremos, lector mio, en su senda de escándalo y de perdición ?

No lo creo necesario.

Tú conoces muy bien á esta clase de mujeres y sabes cuál es su término : la miseria y el abandono de todos.

Dejemos, pues, á Natalia en su invariable carrera, y volvamos á dar la postrera mirada á los demás personajes de esta historia, algunos de los cuales tengo la vanidad de creer que te son interesantes.



## XI.

## CONCLUSION.

Quince dias despues de la muerte de Julia volvió Diego á Madrid, con vista, pero abatido y triste.

A pesar de lo helado y egoista de su naturaleza, los sacrificios de su esposa y su largo martirio habian dejado una profunda huella en su corazon.

Poco despues de su llegada recibió una carta de la Condesa de G....., donde le decia que habia quedado tan contenta de su Santa Teresa, que le suplicaba le pintase un San Juan de la Cruz del mismo tamaño.

Diego fué á ver á Clemencia, á la que no se habia atrevido aún á visitar, porque sabía que en su interior le acusaba como al asesino de su amiga.

Encontró á la jóven vestida de luto y retirada en su escritorio, donde le recibió con una frialdad llena de altivez.

—Señora, dijo Diego, esta carta, que he recibido hoy, me ha llenado de asombro y de rubor. ¿Será verdad que aquel ángel hizo aún por mí ese sacrificio más?

—Sí, caballero, respondió Clemencia con dolor; su último cuadro, el que pagó con su importe la curacion de V., fué pintado por ella.

—¿Pero lleva mi firma?

—La lleva : no pudiendo dar á V. otra cosa ya, le ha dado la gloria que tanto le envidiaba; pero ¿sabrás usted conservarla y hacerse digno de ella? Creo que no.

Diego no respondió nada : lloraba en silencio.

Clemencia, que se hallaba violenta en su presencia, se levantó y salió de la estancia.

Blanfort salió poco despues : las últimas palabras de Clemencia habian despertado toda su cólera : corrió á su casa, y empezó el San Juan encargado por la Condesa.

Su amor propio herido, aquel amor propio incurable, se sublevó en su alma, que no alcanzaba á elevar ni aún la desgracia.

Pero aunque pidió y obtuvo que le enviasen á su casa la Santa Teresa; aunque procuró imitar su divino estilo todo lo posible, sus esfuerzos para que su pintura no desdijese de aquélla fueron inútiles; y al mismo tiempo que del lienzo que representaba á la Fundadora brotaban raudales de luz, el del Fundador no pudo pasar de una vulgar medianía.

La Condesa, que era verdaderamente inteligente y entusiasta por las artes, rehusó el cuadro, aunque envió al pintor su importe.

Diego rehusó á su vez aquel dinero, y marchó á Paris, donde fué á vivir al lado de su hermana Natalia, que un dia le dijo bonitamente :

—Hermano mio, voy á decirte lo que en cierta ocasion me dijo á mí tu mujer.

—¿Y qué fué?



— Lo siguiente : que como no has nacido rico, necesitas trabajar.

Blanfort comprendió la indirecta y se puso á dar lecciones.

— Un año despues se casó con una viuda rica y gruesa, dueña de una casa de huéspedes, y que hizo de él su tenedor de libros.

Este fué el fin de su carrera, en la que jamas logró columbrar ni áun la sombra de la gloria.

¡ Desgraciada Julia!

¡ Por qué te unió la suerte á un hombre vulgar y egoista!

Pero no debo yo llorarte, porque tal vez Dios te preparó el martirio para darte despues su eterna gloria y una corona de luz á los piés de su trono soberano.

Rafael y Adelina viven dichosos y padres de cuatro hermosos hijos ; la jóven no se quejó del amor de su esposo á la que habia sido esposa de su hermano, pero procuró borrar con su amor aquella memoria amarga del corazon de su marido.

Ella reza á Julia como á una santa, y algunas veces Rafael y sus hijos la acompañan en sus plegarias.

Clemencia ha cumplido con todos sus deberes respecto á los dos ancianos, por quienes veló con la solicitud de un ángel.

Hoy han muerto y está viuda, rica y libre ; pero jamas se volverá á casar.

Su amor, pasada la impresion que le hizo la semejanza de Cárlos con su perdido Luis, su amor único es su arte.

## ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
Al público .....	v

### LIBRO PRIMERO.

I.—Cuadro de familia.....	7
II.—Natalia Blanfort á Lucila Merry.....	13
III.—Doña Andrea y sus hijos.....	18
IV.—Perseverancia.....	24
V.—La luna de miel.....	30
VI.—Nubes.....	34
VII.—Esclavitud.....	40
VIII.—Cambio.....	47
IX.—El legado del maestro.....	56
X.—Aumento de familia.....	64

### LIBRO SEGUNDO.

I.—La discípula.....	73
II.—El confidente de Julia.....	88
III.—La revelacion.....	101
IV.—Amenazas.....	110
V.—Aprestos para el combate.....	115
VI.—Dos mujeres como hay pocas.....	128